

ANGEL LUIS REVENGA, GRABADOR...



...Y

uno de los pocos grabadores de hierros para dorar encuadernaciones que quedan en Madrid. La duda está en si serán actualmente tres o cuatro, el propio Revenga, Olivares, Galeano (que ha montado una escuela de grabadores bajo el patrocinio del Ayuntamiento de Piedralaves en Avila) y quizás siga activo Mimendi, aunque no puedo asegurarlo. Sus colegas han decidido hace ya mucho tiempo dedicarse a la elaboración de placas para empresas, rótulos de plástico, recuerdos y regalos conmemorativos, realizados por el cómodo método de la utilización de ácidos.

Nuestros grabadores sobrevivientes siguen manteniendo con un tesón digno de alabanza el antiguo oficio del grabado manual con pantógrafo, rematado a buril y recortado a base de un paciente trabajo de lima, para producir esos juegos de tipos para la rotulación y esas paletas, ruedas y viñetas artísticas que decoran las encuadernaciones, efectuando un trabajo cuya autoría permanece en el anonimato para el público general y que sólo es conocido por sus clientes, los encuadernadores, que llegan a reconocer al autor de una de estas piezas de primor por las características del acabado. En el taller de Revenga leo la dedicatoria de mano del maestro Brugalla en la guarda de un ejemplar de su libro LA BIBLIOFILIA, LA ENCUADERNACION Y EL GRABADOR DE PEQUEÑOS HIERROS: «Ejemplar dedicado a D. Angel Luis Revenga, notable grabador de pequeños hierros para los encuadernadores. Muy afectuosamente, Emilio Brugalla. Febrero, 1986».

El destinatario de la afectuosa dedicatoria, hoy en torno a los 40 años, dejó la escuela cuando tenía alrededor de 15, desanimado porque recibía más pescozones y tirones de orejas que ciencia. Ya para entonces dominaba en él la pasión por el dibujo. Tenía que ponerse a trabajar, pero no sabía en qué. Así las cosas, se le presentó la oportunidad de entrar como aprendiz en el taller de un grabador del barrio de Usera. Aquello coincidía de lleno con su afición y decidió

lanzarse de cabeza al aprendizaje; para sumergirse, como descubriría pronto, en las tareas de hacer recados y barrer el taller. Eso fue lo que hizo allí durante 12 años de trabajo en los que aparte de lo expuesto sólo aprendió a limar las piezas acabadas sin que por otra parte el jefe le diera de alta en la seguridad social. Una petición en este sentido, y una negativa a la petición, le colocaron en la calle.

Poco antes de que esto sucediera y como posibilidad de avanzar en el aprendizaje del trabajo que le atraía, se había matriculado como alumno de grabado en la escuela de artes y oficios de la calle de la Libertad. Donde fue libre de hacer un aprendizaje por su cuenta, puesto que era el único alumno de la especialidad y se decidió por ello que no valía la pena disponer de profesor. En su lugar el director de la escuela, artista de otra especialidad, le daba unas nociones generales en su propio despacho y Revenga se dedicó durante dos años en una soledad no compartida y de 7 a 11 de la tarde, se aburría en un aula inmensa y llegó a dominar a través del autodidactismo y de la copia de los grabados que adornaban las paredes de la sala el arte de la punta seca.

Andando el tiempo el jefe de su antiguo taller le ofreció el reingreso, esta vez con la promesa formal de que se le enseñaría el oficio y se le permitiría trabajar como grabador. Un total de cuatro días duró el mantenimiento de la promesa, tras lo cual volvió a disfrutar de nuevo de la compañía de su